

## ESTAMPAS DE MÉXICO EN LA POESÍA HISPANOMEXICANA

---

Gerardo Vega\*

### *Resumen*

A lo largo del texto se presentan poemas de los escritores pertenecientes a la llamada *Generación Nepantla*, o *Generación Hispanomexicana del Medio siglo*. En estos poemas, la visión peculiar de los poetas hispanomexicanos sirve como espejo del México de los años cincuenta en adelante. La óptica singular de estos autores muestra dos caras de una misma moneda: el apego a una tierra que los vio crecer y formarse, frente a un sentimiento nostálgico de extranjería. Al mismo tiempo, la poesía hispanomexicana atestigua los cambios del entorno mexicano y testimonia tiempo y espacio, mientras los poetas experimentan y afianzan el oficio profesional de la poesía contemporánea de nuestro país.

### *Palabras clave*

Exilio literario, Segunda generación, Generación Nepantla, Hispanomexicana, Poesía, México.

*[...] Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto [...].*

Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de Nueva España*.

Los vientos de una época de Guerra Civil trajeron a estos españoles a la Cornucopia mexicana, parafraseo a José Moreno Villa. Y tal como los primeros europeos hicieron al topar con este continente, el primer acto de los recién llegados fue observar con ojos de niño forastero que se encuentra con las tierras impensadas del nuevo en-

\* FFYL-UNAM.

torno que los recibía. La operación de visualizar (principio del método científico) tiene doble significación para quienes desembarcan en un nuevo espacio pues éstos reconocerán los puntos comunes con su universo pasado —ello les ayudará a aminorar la pena de la lontananza y también les permitirá un amable transtierro— e identificarán las diferencias con el nuevo entorno (lo que permitirá reconocer su identidad original y mantener su alteridad o el *arte de su extranjería*, como dijera poéticamente Luis Rius). Desde su llegada, los españoles de 1939 iniciaron su simbiosis con México mediante la observación de un país en ciernes y no existe memoria escrita de los transterrados que no se aventure al examen —ya somero, ya quirúrgico— de lo mexicano frente a lo español: con el acto del reconocimiento se revela la imagen de uno mismo en la imagen del otro. Lo primero que reconocieron los españoles de 1939, como siempre, fue el clima y el espacio, como quien entra por vez primera a un teatro nuevo sin conocer el espectáculo ni a los actores. Al arribar el *Sinaia*, el 13 de junio de ese año, tres pasajeros toman estas impresiones:

[Veracruz es] Un puerto pues no muy tropical como yo me lo imaginaba, porque es relativamente seco; yo me lo imaginaba húmedo, verde, relativamente primitivo. La gente muy curiosa en su modo de hablar, de caminar, de vestirse, muy sencilla, muy accesible; a mí me daban la impresión de muy infantiles, como que hasta las personas mayores con las que hablaba pues me resultaban, pues digamos... transparentes.

[...] yo tenía unas vistas en mi casa, de esos cines *movietones*, de vista, muy antiguo, y ahí venían unas postales iluminadas de México, entonces me retrocedieron a la infancia... y vi todo aquello, pero natural. Aquellas sombras que daban los árboles tan verdes, tan fuertes, aquellos pájaros tan... extraordinarios y... y también unos zopilotes que nos causaron mucha impresión [...]. Pero ya te digo, Veracruz me gustó muchísimo, como una ciudad española... pero como si me retrocedieran muy atrás en mis impresiones.

[...] el México veracruzano, es el México jarocho; es que llegar a Veracruz no es acabar de entrar a México, es como un puente entre España y México, es decir la huella española es muy fuerte en Veracruz, y el carácter mismo, sobre todo, sobre todo para nosotros andaluces que eso nos casa perfectamente. Yo tenía una idea teórica, un poco irreal, ahora estaba en una realidad, y la realidad exigía pues una perfección y un aprendizaje [...].<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Concepción Ruiz Funes *et al.*, *Palabras del exilio 2. Final y comienzo: El Sinaia, México*, INAH/SEP/Librería Madero, 1982, pp. 136 y 137.

Concluyo que la visión del transterrado expone lo que, por cotidiano, ha perdido de vista el nativo. Los nuevos puntos de vista del desembarcado realimentan la significación de lo local y, como espejo de virtudes y defectos, exponen la imagen casi ontológica de los oriundos.

Pero la óptica renovadora del transterrado adulto no es más compleja que la de los jóvenes y menores de edad que llegan con ellos; podríamos pensar que, por poseer menor experiencia de vida, los pequeños exiliados padecen menos el choque cultural con el universo nativo sin que repercuta en su pensamiento y crecimiento; pudiera ser, si el periodo de permanencia en el territorio de llegada fuera breve. Sin embargo, cuando la estancia se extiende más allá de la infancia del transterrado, la observación se convierte en un ejercicio de constante análisis y cuestionamiento. Las condiciones a las que fueron sometidos los niños de la Guerra Civil modelaron en ellos a una generación madurada experimentalmente, es decir: *crecieron en español* sin estar en España o se *trasplantaron en mexicano* sin mexicanizarse. Angelina Muñiz define tal ambivalencia con estas palabras:

El exilio español republicano derivó [...] en una pérdida de nacionalidad. Dio lugar a una generación ambigua que no encontró su acomodo dentro de la sociedad mexicana. Careció de bases definidas para resolver su conflicto y se enfrentó a un medio [...] más o menos tolerante [o] de acentuado nacionalismo [...].

Los hispanomexicanos [...] fueron resolviendo su problema de adaptación al medio de una manera individual y subjetiva. Encontraron su lugar en las diferentes profesiones existentes, la mayor parte dentro del medio universitario [...].<sup>2</sup>

En ambos casos, concluye la autora, los pequeños trasplantados, hoy reconocidos como el Grupo poético Hispanomexicano, permanecieron al margen del protagonismo cultural de ambos países. Su discreción obligada tuvo origen ya en la esperanzadora creencia del pronto retorno, en el idealismo estoico de la República, en la condición diplomática de la No Intervención, o hasta en el nihilismo existencialista de los años sesenta y ulteriores. Pero su vena de observadores también coincide con la nueva actitud analista e inquieta de un México en vía de modernización. Los hispanomexicanos se influ-

<sup>2</sup> Angelina Muñiz-Huberman, *El canto del peregrino. Hacia una poética del exilio*, Barcelona, GEXEL-UNAM, 1999, pp. 155 y 156.

yen por el espíritu universalista y renovador de las generaciones del *Mediosiglo* de todo el mundo; creen en la ubicuidad y apuestan por el universalismo irrestricto sin ancla alguna, aunque su discreción los lleve a recordar la promesa del retorno al origen; así, mientras miran con un ojo al futuro en un territorio aparentemente ajeno, el otro no lo apartan del camino dejado atrás. No hay que pensar que padecieron un estrabismo cultural, más bien desarrollaron el característico panoptismo mesosecular.

A los hispanomexicanos les queda entonces definirse desde la alteridad, desde el fronterismo: reconocerse desde la indiscreta mirilla o del atalaya. Como turistas fotógrafos que van en eterno paseo, nuestros autores retratan su trayecto en esta tierra en estampas que enfocan el universo mexicano y así buscan entender su pertinencia al lugar y a su gente. No como españoles, sino como nuevos mexicanos paisajistas de mirada fresca. Concentran su contemplación y apuntes en dos espacios: lo citadino y lo pueblerino. México les resulta corte y aldea: los hispanomexicanos admiran el tópico aurisecular aprendido en sus aulas del transtierro. De esta manera, sus voces poéticas alaban la aldea mexicana en varias de sus composiciones. Ramón Xirau toma esta impresión de la Casa de Cortés en “La Antigua”, Veracruz:

Las lluvias no han mermado. Un grito muy leve  
de sol canta dibuja poca luz, [...]   
El muro es un indicio, el blanco es una roca  
elemental porosa, Biblos y viejas Veras Cruces [...]   
El espacio es muy tranquilo [...]   
¿No oyes el canto? Es muy cercano y muy puro.  
¿Dónde está el Templo? Si miras bien en las sombras  
todo es canto  
y nace la luz y nace la luz y canta claro el pájaro.<sup>3</sup>

El mismo Veracruz que Nuria Parés retrata al atardecer:

¡Figuras diminutas en el muelle!  
Blancas camisas sobre piel morena,  
nostálgicos veleros de otros tiempos...  
¡Tarde del trópico difuminada y quieta!  
Una carreta rechinando pasa  
y un perro, sucio y flaco, que se empeña

<sup>3</sup> Ramón Xirau, *Antología*, México, Diana, 1989, p. 399.

en romper la armonía de la tarde  
ladrando detrás de ella.<sup>4</sup>

Más adentro del puerto de llegada, aparecerán las estampas pueblerinas que evocan el origen español. Este *locus amoenus* a lo español evocado por la enseñanza escolar y el recuerdo nostálgico de los exiliados. La tierra adentro que Luis Rius retrató en las postales de Guanajuato:

Mañana en el pueblo.  
Abierto frescor que baja  
del monte, pregón alado  
de nueva luz y fragancia.

Ya vienen los carboneros  
por las calles empinadas.  
Burros trotones y tristes  
al agujón de la vara.

Mañana en el pueblo.[...]  
A la voz de las campanas  
caminan las viejecitas,  
diminutas, encorvadas.[...]

En el regazo del monte,  
las calles aprisionadas  
brillan en quebrados surcos  
al oro de la mañana.<sup>5</sup>

Es también Luis Rius quien ofrece una panorámica laudatoria a su evocador Guanajuato:

No es la estrechez la tuya de la celda,  
ni del palacio la grandeza enorme  
y desolada. Es el hogar lo tuyo,  
la casa buena donde el hombre es hombre. [...]

Ciudad antigua de mineros tristes,  
de alegres niños y de hidalgos pobres,  
de silenciosas fuentes que del agua  
han olvidado el claro y dulce goce.

<sup>4</sup> Nuria Parés, *Colofón de luz*, México, Pangea/INBA/SEP, 1987, p. 37.

<sup>5</sup> Luis Rius, *Cuestión de amor y otros poemas*, México, Promexa, 1984, pp. 159 y 160.

[...] a los pies de tus templos de oro ricos  
tus mendigos se tienden en la noche. [...]

Lejos de ti, ciudad,  
sólo los ojos no te reconocen.  
El alma, sí. Ella sabe  
tu camino y tu nombre.<sup>6</sup>

Para Jomí García Ascot, el jardín de Tepotzotlán es *locus amoenus* que sirve de fondo y pretexto para la entrega amorosa:

[...] Estabas en el jardín como el jardín en ti  
y yo pasaba, o la tarde, o los ruidos lejanos  
o la vida.  
Estabas, yo sólo sé que estabas  
Teresa  
y yo debí de estar  
pues me mirabas.<sup>7</sup>

Enrique de Rivas, tal vez sentado en el mismo *teocalli* desde donde cantaba el romántico José María Heredia, toma la impresión de una noche cholulteca:

Florecida de cuarzos  
la noche se proclama.

Su lenta lava esponja  
entre cómplices redes  
de pirules cuajados de galaxias.

Todo el maíz del cielo  
desgranan los cohetes  
en las milpas oscuras  
heréticas de luciérnagas.

En el pavón ruante  
los cuarzos de la noche  
esmerilan volcanes.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 162 y 163.

<sup>7</sup> Jomí García Ascot, *Antología personal*, México, Martín Casillas Editores, 1983, p. 101.

<sup>8</sup> Enrique de Rivas, *En el umbral del tiempo. Poesía compilada (1946-2012)*, México, UAM/Ministerio de Empleo y Seguridad Social/Ateneo Español de México/Ediciones Eón, 2013, p. 281.

También Enrique de Rivas, de su viaje a Pátzcuaro, en 1957, imprime el amargo y avergonzado retrato de un pescador:

Indio que tu miseria me acercaste,  
tarasco, cara limpia sin rencores,  
¿dónde la pesca viva que soñaste?

Buscándole belleza a tus labores  
me acerqué a tui dorada mariposa  
y sólo me encontré con tus dolores.

El fondo de tu lancha es una fosa  
donde entre lodo y algas malolientes  
un pescado minúsculo reposa.

Y viéndote transido en las durmientes  
aguas del lago azul agonizante  
pensé en las alegrías que no sientes.

Y me sentí turista vergonzante.<sup>9</sup>

A medida que los hispanomexicanos se reconocen parte de esta tierra, su conciencia social se solidariza con la realidad del nativo, como vimos arriba, y no sólo compadecen al desarraigado mexicano sino que analizan no sólo el exterior, y su visión quiere penetrar el alma del mexicano:

¿Cómo será la pena de esta india  
que, sentada en la calle, sin un gesto,  
espera una limosna con un niño  
que asoma entre sus faldas?  
¿Cómo será su pena?  
¿A qué nivel del cuerpo  
debe estarle mordiendo sin clemencia?<sup>10</sup>

Los poetas hispanomexicanos menosprecian la corte de la capital mexicana, pero no la rechazan. Se reconocen como seres cosmopolitas. Intelectuales de su tiempo, miran a la urbe como un elemento que lo mismo contiene, abraza, inquieta o amenaza. Nuestros poetas viven una ciudad que crece y sufre los estragos del tiempo moderno.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 367.

<sup>10</sup> Parés, *op. cit.*, p. 120.

La ciudad en ciernes se convierte en su símbolo. La vida misma de estos intelectuales representa una alegoría de la vida citadina moderna. Estas impresiones urbanas impresas por Federico Patán, nos muestran que:

[...] Los sueños, en la ciudad,  
no logran soñar en nada.

La ciudad recoge en noche  
su red de concupiscencias.  
Y bajo “totems” de luz  
mujer de moneda muerta.

Los sueños de la ciudad  
son siempre sueños de espera [...].<sup>11</sup>

O esta otra fotografía:

Ciudad, seca costa de ríos náufraga,  
escollo de palmeras,  
zarzal de injurias [...]

El neón, horóscopo sedentario,  
leonera y serpentario,  
trenza múltiples sendas  
invertebrando luces y añagazas [...].

El vapor de las seis traza un silbido  
y al refugio del vuelo de la hora  
en cárcel de cristal se hunde la vela.<sup>12</sup>

Tras el atardecer, un poeta hispanomexicano mira vigía desde el Pedregal en un acto simultáneo de pertenencia y lejanía a la urbe. Gerardo Déniz observa cómo cae la noche y retrata:

Anochece y llovizna y poco a poco  
al pie del Ajusco se enciende un hormiguero aterido;  
saben hacerlo: se notan segmentos rectos,  
cuadrículas posibles. Ya llegarán astrólogos que  
expliquen.  
Por ahora la vista titubea sobre puntos de luz  
como el tacto aún torpe de un ciego reciente.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> Federico Patán, *El mundo de Abel Caínez*, México, UAM, 1991 (Col. Media Tinta), p. 15.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 16 y 17.

<sup>13</sup> Gerardo Déniz, *Enroque*, México, FCE, 1986, p. 17.

Tras una noche de vigilia, el poeta vislumbra el amanecer citadino, ahora desde el norte de esta ciudad y describe:

Amanece, según empieza a ser hábito, por la derecha  
—pues hasta el izquierdismo tiene sus correlatos—;  
el sol sigue sin salir aunque sea pleno día,  
y las luces del hospital de La Raza se apagan de una vez.  
Lástima; parecía un bonito acorazado para ir uno allí a parir algo.<sup>14</sup>

Con el paso de los años y la observación crítica, nuestros poetas afianzan su visión verista del espacio urbano. La postura discreta del transterrado parece endurecerse como parte de una maduración ajena a la instrucción idealizada en sus colegios de niños. El tiempo, el desengaño y la asunción resignada y entendida de pertenecer a esta ciudad, a este país, convierte a los hispanomexicanos en profundos analistas de la imagen. Manuel Durán —tal vez el mejor paisajista lírico del grupo— deja de lado el esteticismo para mostrarnos una visión posapocalíptica y estoica de la ciudad, en una extensa elegía de tercetos blancos:

Calles de Atzacapotzalco con bardas encaladas  
y dibujos obscenos pintados por los niños  
en fachadas deformes, en patios desventrados.

¿Es viscoso el cemento? Las sombras por el suelo  
disimulan apenas la mugre más espesa,  
el olor a fritangas se esparce como incienso

difunde hacia los cielos plegarias humilladas  
de mendigos y perros que sueñan con mendrugos.  
Una brizna de hierba se asoma entre las piedras.<sup>15</sup>

La ciudad moderna se convierte en *topos uranus* condenado al olvido por parte de sus profetas. Los poetas hispanomexicanos comparten esa misma maduración y condena con el espacio mexicano, que al final de los tiempos representó otra manera de identificarse y hacerse uno con el mundo al que llegaron desde muy niños. Así lo dice sentenciosamente José Pascual Buxó:

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>15</sup> Manuel Durán, *El lugar del hombre*, México, UNAM, 1965, p. 7.

¿Recordarás mañana este lugar del mundo?  
Voy a cavar un lecho  
en las aguas espesas  
para tanto animal  
de carne y de murmullo.

Quizá el barro devuelva  
la ciudad a su rastro  
o quizá entre los limos  
calientes de tu sangre  
la sal esté formando  
su espejo diminuto.<sup>16</sup>

Resignados y asumidos a su condición, los hispanomexicanos terminan reconociéndose e integrándose a la imagen del escenario que les dio acogida. Encuentran que ellos ya no están fuera de cuadro y se hacen uno con el espacio mexicano. Reconocen que no son tan ajenos al universo en que fueron trasplantados desde niños, en parte porque su observación los llevó a reconocer en México una parte de lo que dejaron atrás, como admite Angelina Muñiz:

Y un día acepté el paisaje.

Las montañas,  
siempre las montañas.  
El lago del recuerdo,  
que hubo,  
que ya no hay.  
Los volcanes al oriente,  
los volcanes siempre.  
Los volcanes al oriente,  
la punta de nieve,  
ya blanca, ya breve.[...]

Y entonces  
al abrir la ventana  
ves el alto perfil,  
la nieve de los volcanes,  
los árboles lejanos.

Y ese día,  
ese día,  
aceptas el paisaje.<sup>17</sup>

<sup>16</sup> José Pascual Buxó, *Boca del solitario*, México, BUAP, 1978, p. 42.

<sup>17</sup> Angelina Muñiz-Huberman, *Voz viva de México*, México, UNAM, 2006, pp. 85-89.

Y en una anagnórisis humilde, el poeta hispanomexicano ya es su espacio. Evolucionó de su alteridad hacia un sentimiento agradecido por estar de donde es y por ser de donde está. Puede volver la vista y sentirse en la piel del otro, como reconoce Inocencio Burgos:

México [...]  
El hombre que soy  
se hizo por tu vientre,  
y encima de tu tierra.  
[...] Sollozabas sol en mi piel  
y sílaba a sílaba  
hiciste mis palabras.[...]  
Cumple una edad amarga  
pero intenso  
te espero  
sobre la arboladura del horizonte.<sup>18</sup>

Cierro el álbum de fotografías hispanomexicanas y flota en la memoria la imagen de un México de vitral policromo que parece ahora tan lejanos que uno mismo se siente exiliado en el territorio propio, como si viéramos las estampas de un viejo álbum. Acaso la óptica de los hispanomexicanos nos ha mostrado que pertenecer a algún lugar no significa una cédula de nacimiento, sino una mirada crítica de reconocerse en los otros. Nuestros hispanomexicanos continúan enseñándonos con el caleidoscopio de sus poemarios: cada una de sus obras representa un giro de mano que refleja nuevos ángulos y colores.

<sup>18</sup> Enrique López Aguilar *et al.*, *Sextante, Poesía recogida de seis autores hispanomexicanos*, México, UAM/Ministerio de Empleo y Seguridad Social/Ateneo Español de México/Ediciones Eón, 2013, pp. 85-86.